Enseñanza sobre el sacrificio

El grano de trigo que muere

Juan 12:20-50

Por: Jaime Vásquez

Introducción

Es la última semana del ministerio de Jesús. Pocos días antes la multitud lo había recibido gritando «¡Hosanna!», y los fariseos se decían: «Mirad, el mundo se va tras él» (Juan 12:19). En este pasaje Jesús habla por última vez en público antes de la cruz. Su enseñanza se resume en una sola idea: **la vida verdadera llega por medio del sacrificio**. Lo que Él enseñó a sus discípulos («niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame») es la misma regla que gobernó su propia vida.

1. «Señor, quisiéramos ver a Jesús» (12:20-23)

> *«Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe… y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús» (12:20-21).*

Estos griegos no eran judíos, sino gentiles que adoraban al Dios verdadero, «temerosos de Dios» como Cornelio (Hechos 10:1-2; 13:42, 48; 17:4; compárese 1 Reyes 8:41-42). No podían pasar más allá del Atrio de los Gentiles. Se acercaron a Felipe, quizás por su nombre griego («amante de los caballos») y porque era de Betsaida de Galilea, región donde había trato con gentiles. Felipe lo dijo a Andrés, de la misma ciudad (Juan 1:44), y ambos lo dijeron a Jesús.

¡Qué contraste! Los líderes judíos, que lo habían visto todo, querían matarle; estos extranjeros querían verle para

conocerle. Solo Juan registra este hecho, y encaja con todo su relato: Cristo no vino a salvar solamente a los judíos, sino a todo el mundo (3:16; 4:42; 8:12; 10:16). Ya lo había mostrado al sanar a la hija de la mujer cananea (Mateo 15:28), al siervo del centurión (Lucas 7:10) y al leproso samaritano (Lucas 17:14-16).

Jesús responde: **«Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado»** (12:23). Antes «aún no había llegado su hora» (2:4; 7:30; 8:20). Ahora sí: la hora de su muerte, resurrección y ascensión. Muy pronto estos griegos podrían «ver» a Jesús en la cruz, bajo un título escrito «en hebreo, en griego y en latín» (19:20). Así quería El ser visto por todos: en su muerte y resurrección.

2. El grano de trigo que muere (12:24)

> *«De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto».*

Como en sus parábolas, Jesús usa algo que todos conocían para enseñar una verdad espiritual. Un grano de trigo puede guardarse en un lugar seco por muchísimos años, pero así guardado es inútil: «queda solo». Solo cuando cae en tierra y «muere», el germen de vida pasa a otros granos, y en lugar de un grano hay cien.

Así también, **la vida que estaba en Cristo pasaría a sus discípulos solamente por medio de su muerte**. Sin la cruz no habría cosecha espiritual, es decir, no habría almas salvas (Mateo 16:21). La división entre judíos y gentiles terminaría al pie de la cruz.

Aplicación

El mismo principio rige para el discípulo. Algunos piensan que un hermano que se desgasta predicando, viajando y enseñando «no se cuida». Pero no estamos en este mundo simplemente para cuidarnos; a veces el que cree que se está cuidando, en realidad se está oxidando. Pablo decía: «Yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas» (2 Corintios 12:15; véanse 11:24-28; Hechos 20:24).

3. Perder la vida para guardarla (12:25-26)

> *«El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará».*

«Amar su vida» es como negarse a sembrar el grano: vivir para el propio gusto, los placeres, las cosas materiales o agradar a la familia y a los amigos. Dice: «Solo se vive una vez, hay que aprovechar». Pero esa vida es estéril. «Aborrecer su vida en este mundo» es someter la voluntad propia a la voluntad del Señor (Mateo 10:37-39; 16:24-26; Lucas 9:23-24; 14:26-33; 17:33).

El que ama su vida	**El que aborrece su vida en este mundo**
Guarda el grano en el granero	Deja caer el grano en la tierra
Vive para agradarse a sí mismo	Se niega a sí mismo y toma su cruz
Busca la gloria de los hombres	Busca la gloria de Dios
Queda solo, sin fruto	Lleva mucho fruto
La perderá	**Para vida eterna la guardará**

Servir a Cristo es **seguirle**: hacer lo que Él hizo, llevando fruto por medio del sacrificio de sí mismo. Hay dos promesas: estaremos donde Él está (17:24; 2 Corintios 5:8;

Filipenses 1:23; 1 Tesalonicenses 4:17) y el Padre nos honrará (Romanos 8:17; 2 Corintios 4:17).

4. Turbada el alma, firme la voluntad (12:27-28a)

> *«Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre».*

Aquí vemos la verdadera humanidad de Cristo. Ya estaba bajo la sombra de la cruz, y la idea le turbaba. El principio que pidió a sus seguidores era difícil aun para el Hijo de Dios. Desde el principio Satanás lo había tentado a evitar la cruz (Mateo 4:8-10).

Sus palabras son a la vez pregunta y oración, y anticipan Getsemaní: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mateo 26:39, 42; Lucas 22:42). Pero no pide ser librado, porque para eso vino. Estaba resuelto a hacer la voluntad del Padre (4:34; 5:30; Hebreos 10:7, 9). **El Padre sería glorificado por la muerte de su Hijo**, y también es glorificado cuando sus discípulos mueren a sí mismos (Romanos 12:1-2; Gálatas 2:20).

5. La voz del cielo (12:28b-30)

> *«Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez».*

Es la tercera vez que se registra la voz del Padre durante el ministerio de Jesús (Mateo 3:17; 17:5). No fue un ruido, sino palabras inteligibles. El Padre ya había glorificado su nombre en las obras de Jesús (2:11), y lo glorificaría otra vez en su crucifixión, resurrección, exaltación (Hechos 2:33-36; Filipenses 2:9-11), en los triunfos del evangelio (Hechos 2:41) y en la adoración de sus discípulos.

Unos dijeron que había sido un trueno; otros, que un ángel le había hablado. A la gente le costaba creer que el Padre mismo hubiera hablado, y buscaban otra explicación.

Muchas veces la gente oye según lo que es su corazón. Jesús les dijo: «No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros» (12:30), para que su fe creciera y para que lo recordaran después de la resurrección.

6. La cruz: derrota de Satanás (12:31)

> *«Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera».*

La palabra griega para «juicio» es *krisis*: había llegado el momento decisivo de la larga guerra contra Satanás. Jesús dice «ahora» por la certeza de lo que iba a suceder. Al morir Jesús parecía que Satanás había ganado, pero **en la cruz el poder de Satanás fue destruido**. Allí se cumplió la promesa: «ésta te herirá en la cabeza» (Génesis 3:15).

- Uno más fuerte lo venció y repartió el botín (Lucas 11:21-22).
- «Despojando a los principados… triunfando sobre ellos en la cruz» (Colosenses 2:15).
- Por la muerte destruyó «al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14-15).
- «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18).
- Nos «ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo» (Colosenses 1:13).

Éramos esclavos de Satanás, pero al ser bautizados ya no servimos al pecado (Romanos 6:4-6); ahora «somos más que vencedores» (Romanos 8:37). «La cruz llegó a ser un trono». Esto también muestra que Cristo no espera su segunda venida para vencer a Satanás y establecer su reino: lo hizo en su primera venida (Mateo 12:28). Sin embargo, Satanás no es echado fuera del corazón de quien rehúsa ser atraído a Cristo.

7. Levantado para atraer a todos (12:32-34)

> *«Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir».*

Es la tercera vez que Jesús habla de su muerte como ser «levantado» (3:14; 8:28). «A todos»: tanto a griegos como a judíos. El hombre no es empujado a Cristo, sino **atraído por medio del evangelio** (6:44-45). Cristo siempre atrajo a la gente: las multitudes le siguieron, los doce dejaron todo, su enseñanza y su poder asombraban. Pero el imán central es la cruz: el Cordero inocente murió voluntariamente, perdonando, por un mundo de pecadores (Romanos 1:16). También la vida fiel de los discípulos atrae, porque adorna la doctrina de Cristo (Mateo 5:16; Tito 2:10; 1 Pedro 3:1-2).

La gente entendió que hablaba de crucifixión, pero no podía conciliarlo con lo que creía del Mesías: «Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre» (12:34; véanse Salmo 89:4, 29; Isaías 9:6-7; Daniel 7:13-14; Ezequiel 37:25). Esperaban un rey terrenal en Jerusalén y no hacían caso de Isaías 53. En su pregunta, «¿Quién es este Hijo del Hombre?», vemos las semillas de la duda: los que gritaban «¡Hosanna!» al principio de la semana, gritarían «¡Crucifícale!» al final.

8. Andad entre tanto que tenéis luz (12:35-36)

> *«Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas… Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz».*

Jesús no contesta directamente su pregunta; Él conocía sus corazones (2:24-25). Ellos preguntaban por la eternidad; Él les habla de **el poco tiempo que les quedaba**. Cristo es la luz del mundo (1:4-9; 8:12; 9:5). Quien no aprovecha la oportunidad mientras hay luz, fácilmente es tragado por las tinieblas y «no sabe a dónde va» (1 Juan 2:11; Jeremías 13:16). Los «hijos de luz» son los que viven alumbrados por el evangelio (Efesios 5:8; 1 Tesalonicenses 5:5). La oportunidad no dura para siempre.

9. Incredulidad a pesar de las señales (12:37-41)

> *«Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él».*

Juan añade su comentario: así se cumplió Isaías 53:1, «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?». Las señales eran y son suficientes para convencer a cualquier persona sincera (20:30-31), pero no convencen al que no quiere convencerse. **El problema no era de evidencia, sino moral**: amaban más las tinieblas que la luz (3:19).

¿Cómo «cegó» Dios sus ojos y «endureció» su corazón (Isaías 6:10)? No por un decreto arbitrario; si así fuera, ¿para qué predicarles y hacer señales delante de ellos? Lo que la palabra de Dios hace, Dios lo hace. Como el mandamiento de Dios endureció a Faraón porque no quiso someterse, así la verdad de Cristo endureció a los que la rechazaban. **El mismo sol que endurece el barro, derrite la cera.** El mismo evangelio ablanda a unos y endurece a otros.

Esto es importante para los jóvenes: creer en Cristo no es ignorancia ni superstición. Cristo quiere que pensemos y examinemos las pruebas. Muchos incrédulos no rechazan a Dios por falta de evidencia, sino porque aceptar al Creador sería aceptar al Juez, y eso exigiría dejar su vida de pecado. Que nadie sea engañado por «los argumentos de la falsamente llamada ciencia» (1 Timoteo 6:20).

Isaías dijo esto «cuando vio su gloria, y habló acerca de él» (12:41). Al ver la gloria de Jehová en el templo (Isaías 6), Isaías vio la gloria de Cristo antes de su venida; Juan la vio después (1:14).

10. Creían, pero no lo confesaban (12:42-43)

> *«Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios».*

La incredulidad no era total; algunos creían. Juan menciona después a José de Arimatea, «discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos», y a Nicodemo (19:38-39). Confesar a Cristo les habría costado su puesto, su prestigio y su lugar en la sinagoga (9:22). Pero, ¿qué ganaron con callar? **El discípulo secreto se avergüenza de Cristo** (Marcos 8:38). Lo que no cuesta nada, no vale nada; el reino es la perla de gran precio (Mateo 13:44-46). Así como una boda es pública ante testigos, el discipulado se confiesa delante de los hombres (Mateo 10:32-33).

¿Salva la fe sola?

Este texto responde claramente que no. Juan dice que estos gobernantes **creyeron**, pero no fueron salvos, porque:

1. No se humillaron como pecadores (Lucas 18:13).
2. No se arrepintieron (Lucas 13:3, 5).
3. No confesaban a Cristo (Romanos 10:9-10).
4. Desecharon el consejo de Dios, no siendo bautizados (Lucas 7:30).

Si la fe sola salvara, ellos habrían sido salvos sin arrepentirse, sin confesar y sin bautizarse. Pero «el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe» (Santiago 2:24), y «la fe sin obras está muerta» (2:26). Por eso el evangelio manda creer, arrepentirse, confesar y ser bautizado para perdón de los pecados (Hechos 2:38).

La raíz del problema: **amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios** (5:44). Querían la aprobación del Sanedrín, que les serviría unos pocos años, y perdieron la aprobación de Dios, que es eterna. Todos tenemos que escoger, porque es imposible complacer a los dos: «la amistad del mundo es enemistad contra Dios» (Santiago 4:4). ¿Qué aprovechará al hombre ganar la buena voluntad de familiares, amigos o compañeros, si pierde su alma?

11. El último llamamiento público (12:44-50)

> *«Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió».*

Jesús «clamó»: habló clara y fuertemente, aunque sabía que buscaban matarle. Nadie quedó sin excusa. Estos versículos son como un resumen de todo lo que había enseñado:

Texto	Lo que Jesús declara
12:44-45	**Es uno con el Padre.** Creer en Él es creer en el Padre; verle es ver al Padre (10:30; 14:9; Hebreos 1:3; Filipenses 2:6).
12:46	**Es la luz del mundo.** El que cree en Él no permanece en tinieblas (8:12; 1 Juan 1:5).
12:47	**Vino a salvar, no a juzgar.** El mundo ya estaba condenado; Él vino a rescatarlo (3:17; Lucas 19:10; 1 Timoteo 1:15).
12:48	**Su palabra juzgará** al que la rechaza en el día postrero (Romanos 2:16; 2 Corintios 5:10).
12:49-50	**Su mensaje viene del Padre,** y su mandamiento es vida eterna (7:16; 17:8; Deuteronomio 18:18).

La palabra que juzga

«El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero» (12:48). Cristo y sus enseñanzas son inseparables. En el Día Final nuestra vida será comparada con la enseñanza de Cristo, pero esa misma palabra nos está juzgando **ahora**. Hoy sabemos a quién servimos (Romanos 6:17-18), en qué camino andamos (Mateo 7:13-14), y si andamos en luz o en tinieblas (1 Juan 1:5-7). Por eso debemos examinarnos a nosotros mismos (2 Corintios 13:5).

Cuando los judíos de Antioquía rechazaron el evangelio, Pablo les dijo: «la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna» (Hechos 13:46). Ellos mismos dictaron su sentencia. El condenado no podrá culpar al predicador ni a Dios, sino solo a sí mismo. Este texto enseña la responsabilidad del hombre: todos pueden y deben obedecer el evangelio (5:25; 2 Tesalonicenses 1:7-9).

Jesús no habló «por su propia cuenta», como hablan los hombres que inventan doctrinas, sino lo que el Padre le mandó. «Y sé que su mandamiento es vida eterna» (12:50; 6:68).

Conclusión

Por la misma razón, nosotros, como pueblo de Dios, debemos enseñar **exactamente** lo que Dios ha enseñado. La palabra pura trae vida eterna (Romanos 10:14-17); alterada, trae muerte (Gálatas 1:6-9).

El grano de trigo cayó en tierra y murió, y hoy hay una gran cosecha de almas en todas las naciones. Los griegos querían ver a Jesús; hoy nosotros lo vemos levantado en la cruz, resucitado y coronado. La pregunta es: ¿qué haremos con lo que vemos?

Para reflexionar

1. ¿Estoy guardando mi vida como grano en el granero, o la estoy sembrando para llevar fruto?

2. ¿Busco la gloria de los hombres o la gloria de Dios?
3. ¿Confieso a Cristo abiertamente, aunque me cueste?
4. ¿Estoy andando en la luz mientras tengo la oportunidad?
5. Si hoy fuera el día postrero, ¿qué diría de mí la palabra de Cristo?

> *«Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará» (Juan 12:26).*